

Heikki RÄISÄNEN *Paul and the Law*, 2nd Ed. revised and enlarged, J.C.B. Mohr («Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament», 29), Tübingen 1987, x + 320 pp., 16 x 23,5.

La obra de Räsänen ha despertado un interés indudable, como demuestra el hecho de que, a cuatro años de distancia, ha salido una nueva edición, enriquecida de un amplio *Preface to the second edition*. El Autor, ya en la primera edición de 1982, había señalado que su investigación había sido fuertemente influenciada por las obras de Schoeps y de Sanders. Räsänen partía de una concepción luterana clásica, según la cual Pablo aparecía como el enemigo decidido de la Ley de Moisés (la «ley de las obras») y mantenía su postura sin vacilaciones. La lectura del libro de Sanders sobre las relaciones y los numerosos puntos en común entre San Pablo y el judaísmo palestino le despertó de su «sueño dogmático», llevándolo a pensar que en el pensamiento paulino se daban variaciones, lagunas e incoherencias. A pesar de sus esfuerzos, no nos parece sin embargo que el Autor haya superado la hipoteca de la postura luterana originaria y, siguiendo las huellas de Bultmann y de la teología dialéctica, su visión oscila entre una metodología fuertemente racionalista y una religiosidad no racional. El producto de su estudio es una radical «desmitificación» de San Pablo. El Apóstol, según Räsänen, no sería un gran pensador cristiano, ni el defensor del carácter universalista de la nueva religión, como sostenía la escuela de Tubinga, sino simplemente un hombre profundamente religioso que está dispuesto a sacrificar la coherencia intelectual en favor de su impulso hacia la salvación. Lo único que queda a salvo, en esta descripción de San Pablo, es el reconocimiento de que el Apóstol llevó a cabo una enérgica defensa de la libertad cristiana frente a la ley.

No obstante la erudición y la minuciosidad de su estudio, pensamos que Räsänen ha sido excesivamente condicionado por su punto de partida y que sus conclusiones, válidas en lo que se refiere a la crítica de la escuela de Tubinga, son muy difíciles de aceptar en su aspecto general. Räsänen ha dado excesiva importancia a las contradicciones existentes entre los intérpretes, generalmente protestantes, sobre cuál es la esencia del pensamiento paulino. Este enfoque «culturalista» ha llevado al Autor a trasladar a San Pablo lo que en realidad existe sólo en la mente de los intérpretes: de aquí la dificultad de reconstruir la «unidad» del pensamiento del Apóstol a partir de las contradicciones del pensamiento moderno. Nótese además que Räsänen, a pesar de citar una extensa bibliografía, parece ignorar o no tener en cuenta a los estudiosos católicos: Bonsirven, Spicq, Schlier, Amiot, Cerfaux, etc., que se han esforzado por defender la coherencia y la validez del pensamiento paulino.

Nos parece, en cambio, que el método más adecuado para acceder al pensamiento de San Pablo es el de tener en cuenta los elementos constantes de su doctrina, que son coherentes también con la tradición apostólica. Aunque Räsänen rechaza con energía la acusación de que su análisis adolece de prejuicios, la verdad es que el suyo es un pseudoproblema. El postulado, implícito pero activo, de que entre Ley y Evangelio *debe* haber oposición le lleva, a través de un método minimalista de cuño racionalista, a resultados muy pobres desde el punto de vista teológico. Un acercamiento más prudente al complejo y misterioso tema de la continuidad-discontinuidad entre judaísmo y cristianismo hubiera podido evitar las acusaciones dirigidas contra San Pablo. En efecto, es muy difícil entender al Apóstol si se adopta una postura de desconfianza intelectual o el método de la «sospecha».

El Autor se ha dado cuenta de que su análisis ha despertado reacciones y críticas entre los mismos estudiosos protestantes y anglicanos y, en la prefación a la segunda edición, procura, en la medida de lo posible, contestar a las objeciones que se le han dirigido. Después de haber enumerado las recensiones a la primera edición, Räsänen las examina poniendo en evidencia las líneas comunes. Afirma, en primer lugar, que la atribución a Pablo de incongruencias no es sólo una opinión personal suya, sino que es algo que se viene abriendo paso entre los estudiosos y que es el producto de la comparación de las opiniones de los varios intérpretes. Hay, después de años de estudio, muchas divergencias entre las distintas «teologías paulinas»: ¿no será que el Apóstol es el verdadero responsable de tantas variedades? Räsänen considera con detenimiento sobre todo los libros de Hübner (*Gottes Ich und Israel, Zum Schriftgebrauch des Paulus in Römer 9-11*, Göttingen 1984) y de Sanders (*Paul, the Law, and the Jewish People*, Philadelphia 1983). Estos dos últimos autores quieren demostrar, con diferentes matices, que el pensamiento de San Pablo a propósito de la Ley se mantiene unitario aún sufriendo un cambio muy notable entre Gal y Rom. Pero Räsänen repite que el problema no se resuelve admitiendo una «evolución», ya que esta pretendida evolución se daría en el interior mismo de Rom, entre el cap. 9 y el 11. En definitiva, Räsänen se ratifica en su postura rechazando las objeciones, que considera que son el residuo de una visión apologética relativa al pensamiento paulino o el efecto de un enfoque «teológico» en el estudio de San Pablo. Este *Preface* no ofrece, pues, datos nuevos, sino una reiteración más explícita.

Parece que el lema de Räsänen es: nada de presupuestos teológicos. La verdad es que el autor finlandés, además de no aceptar que San Pablo sea un autor «inspirado» en el sentido católico del término, niega también

que lo sea en el sentido amplio, como un autor que supo expresar con particular profundidad el pensamiento cristiano. En este sentido, la crítica de Räsänen, como se ha dicho, se dirige principalmente contra el «paulinismo», descrito por la escuela de Tubinga y el protestantismo «liberal», que hace de San Pablo el «fundador» del cristianismo como religión universalista. Räsänen es mucho más radical y, en cierto sentido, mucho más coherente con las premisas de un amplio sector de la exégesis protestante moderna. En su opinión, en la Ley de Moisés no había preceptos permanentemente válidos; de aquí que acuse al Apóstol de incongruencia cuando afirma la permanencia de algunos elementos de la Ley mosaica. San Pablo, en su opinión, debe ser estudiado según los criterios más estrictos de la historia comparada de las religiones; debemos tener la valentía de aceptar que el Apóstol haya sido incoherente o incluso que se haya equivocado, puesto que el pensamiento religioso y pensamiento lógico son opuestos: no deberíamos aplicar a San Pablo criterios distintos de los que utilizamos para estudiar a Filón, Agustín o hasta Marx. Es inútil decir que esta postura aleja a Räsänen del terreno de la exégesis católica de modo definitivo, le pone en contraste con muchos exegetas valiosos del área protestante e inutiliza lo que puede haber de útil y positivo en su estudio. El lector del libro termina por encontrarse, si sigue al autor, en un nudo inextricable de dudas.

Claudio Basevi

José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona*. Tomos V y VI: *Siglo XVII*, Eds. Universidad de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona 1987, 522 y 504 pp., 17 x 24.

Cada vez resulta más interesante y amena esta magna *Historia de los obispos de Pamplona*, del prof. Goñi Gaztambide, del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra. Magna porque, aunque estamos ya en los tomos V y VI, no llegamos sino al siglo XVII. Un siglo que, como de costumbre, el A. se encarga de presentarnos en toda su amplia complejidad, llevándonos mucho más allá de lo que el título intenta delimitar. Todos los problemas de la época se despliegan ante los ojos de un lector que, si ha seguido la obra desde el principio, tiene cada vez más la sensación de que está ante una historia de la Iglesia vista desde Pamplona, y no sólo —lo que ya no sería poco— de la diócesis de Pamplona.

En efecto, no se presentan sólo las biografías de los distintos obis-